

»En cambio de este don, ven á ser mío: toma, y bendice de tu amor la estrella, sabiendo que es el rayo que te envió, fuego impregnado en las cenizas de ella.»

Del rayo á los siniestros resplandores, arde el alma de Honorio, conmovida, renovándose en ella los ardores del grande amor de su primera vida;

Y cuando de él en torno el rayo luce, en su semblante, con feroz ternura, una dicha espantosa se trasluce, elevada hasta el grado de locura.

— ¡Esto es sentir! ¡Esto es sentir! — decía, tal vez lleno de horror, pero contento, pues era de aquella alma, un tanto impía, la tempestad de amor, propio elemento.

Y por su amor febril arrebatado, corría ciego, inquieto, vagabundo, preguntando por ella, enamorado, á todos los rumores de este mundo.

Miró á Jerusalén al occidente; mas de ella huyó sin dirección alguna, y del Cedrón atravesó el torrente á los pálidos rayos de la luna.

— ¡Esto es sentir! — arrebatado y ciego, grita con voz por la emoción turbada.  
— ¡Este insomnio, este vértigo, este fuego, son de la vida la embriaguez sagrada! —

Y de todas sus vidas anteriores sintiendo el raptó, el fuego y la osadía, hasta el *huerto*, corrió, *de los Dolores*, y á la *cueva*, llegó, *de la Agonía*.

Y aturdido entre dichas y pesares, cada vez más febril, más tumultuario, de la santa Pasión por los lugares, de su inmenso dolor siguió el Calvario;

Y hacía el sitio en que allá, del horizonte la esfera azul el Olivete cierra, al Este del Cedrón y al pie del monte, Honorio paró al fin, cayendo en tierra.

Y al gozar en su insomnio violento todo el placer de su pasión mundana, quemándole el oído con su aliento, le dijo Satanás: — ¡Hasta mañana! —

## ESCENA XLVIII

## El poder de una lágrima

LUGAR DE LA ESCENA: *El monte Olivete*

## PERSONAJES

JESÚS EL MAGO. — MARÍA DE BETHANIA. — PAZ. — HONORIO. SOLEDAD. — PALACIANO Y COROS DE ÁNGELES

## ARGUMENTO

Honorio vuelve en sí y se dirige hacia el monte Olivete. Ve subir al cielo, entre coros de ángeles, á María de Bethania, á Jesús el Mago, á Paz y á Palaciano. Al ver á Soledad convertida en espíritu puro, echa de menos su forma carnal; y recordando que la tierra es la depositaria de su cuerpo, la besa enternecido, prefiriéndola al cielo. Se abre la boca del infierno para recibirle. Jesús el Mago le invita á mirar hacia el cielo para que vea el dolor de su madre. Esta derrama una lágrima de dolor; Soledad la recoge, vuela hacia Honorio, y la deja caer sobre su frente. Honorio se siente arrepentido al contacto del llanto de su madre. Derrama el otra lágrima, á cuyo contacto se cierra la boca del infierno, y Honorio, descargando en la lágrima el peso de sus pecados, sube al cielo en compañía de su madre.

Cuando al soplar restaurador del viento Honorio vuelve en sí, brilla la aurora, y todavía, aunque de fiebre exento, la nostalgia del mundo le devora.

Después que al Sur, sin guía ni reposo, dejando el valle del Cedrón, camina, subiendo el sol del Asia esplendoroso, ya dora el cielo azul de Palestina.

Llevando hacia el desierto sus cuidados, dejó á Jerusalén, y vió delante los misteriosos montes azulados que se iban aplanando hacia Levante.

Ve del monte Olivete hacia la altura, de viñas festoneadas sus laderas; verdadera maceta de verdura, de olivos, de granados y de higueras.

Aunque es inmenso su dolor, camina con la altivez del corazón culpable, al cual aun deja la bondad divina presentir su sentencia favorable.

Desde la falda del sagrado monte ve á Jesús, de María acompañado, de Palaciano y Paz, y el horizonte de guirnalda de arcángeles cuajado.

Cruzan en grupo las etéreas salas, como hiende las olas la barquilla, que apenas deja ver sus blancas alas á aquellos que se quedan en la orilla.

El iris muestra en alternado brillo la hermosa escala del color completa, el rojo, el naranjado, el amarillo, el verde, azul, añil y violeta.

Brilla del iris el divino efluvio, cual símbolo de unión y de esperanza, que es siempre, desde el día del diluvio, entre la tierra y Dios lazo de alianza.

Rodeados ya de esta inmortal diadema, ven todos que, por Dios glorificados, del iris en la cúspide suprema, Estáis — dice un letrado — perdonados.»

Cuando al cielo apacibles ascendían, Honorio los veía tristemente, que uno de otro seguidos, parecían blanco surco de luz al sol de Oriente.

Mira al grupo, y de pronto enternecido, entre ellos ver á Soledad alcanza, que aun lo contempla, el corazón henchido de fe, de caridad y de esperanza.

Y al ver á Soledad, cuya belleza fué la causa dichosa de sus males, la ebullición sintiendo en su cabeza de todos los pecados capitales,

«¿Porqué — dice — á ese trono de esplendores quiere arrastrarme su inmortal anhelo, si, cual son invencibles, mis amores lo vencen todo, hasta el amor al cielo?»

«¡Vedla adornada con la eterna palma, hoy sin encanto, aunque cual antes bella; espíritu sin voz, alma sin alma... Su ser no es ese ser, ella no es ella!

«Daría, en mi profundo desconsuelo, por su cuerpo mortal su alma divina! ¿Qué culpa tengo yo, si aun frente al cielo la nostalgia del mundo me domina?»

«¡No quiero ser sin el amor salvado! Prefiero á aquella vida esta existencia, pues respiro en la tierra que ha pisado un no sé qué de su divina esencia.

«¡Del mundo por los márgenes floridos su cuerpo quiero ver, ó vivo ó muerto, pues, sin verla y tocarla, mis sentidos el paraíso encontrarán desierto!

«¡Oyendo de los ángeles el coro, que oran el cerco de su eterna palma, yo la adoro sin fin; pero la adoro con la fe de la carne y la del alma!

«¡Dejad que al seno de la tierra unido por mi febril pasión, renuncie al cielo, y por mi goce terrenal vencido, pues su polvo está en él, que bese el suelo!...»

Y lo besó, y en el instante mismo, en la falda del monte calcinado, de Honorio ante los pies se abrió un abismo, cual la boca de un cráter apagado.

Ciego y carnal, para aspirar furioso el fuego impuro de su amor eterno, se asoma al subterráneo tenebroso que sirve de vestíbulo al infierno.

Y aspirando el amor que da la muerte, hasta á mirar al cielo se resiste... Pero Honorio, dichoso con su suerte, en medio de su dicha estaba triste.

Como á su genio natural se junta el ardor infernal de sus sentidos, no mirando á su madre, en él despunta la altivez de los ángeles caídos.

Entristeciendo el general contento, cual negro nubarrón en claro día, sólo de Honorio el inmortal tormento este cuadro de gloria oscurecía.

«Silencio general! Después cruzando, cual fantasma invisible, por la esfera, Jesús el Mago murmuró, pasando: — Prepara tu alma, Honorio; el cielo espera. —

Al ver que pertinaz no se arrepiente; cual perfumes del cielo, hacia el impío las miradas de todos santamente cayeron á manera de rocío.

Y Jesús, — Arrepíentete, seguía, ¡vuelve el alma hacia Dios, álzate y vamos; no olvides en la tierra, proseguía, á aquellos que en el cielo te esperamos! —

Y continuó Jesús: — ¡Antes que amases con el ardor de tan furioso anhelo, tu madre te enseñó que levantases las manos y los ojos hacia el cielo! —

Y elevando los ojos, obediente, sin esperanza ni humildad alguna, de su madre brillar miró la frente, como una estrella encima de su cuna.

Lo ve la madre, y en sus ojos bellos, el sol afortunado de aquel día ve cuajarse una lágrima, que en ellos un hermoso diamante parecía.

Recogiendo en la copa de sus palmas la rica perla que la madre llora, Soledad, con encanto de las almas, robándole sus alas á la aurora,

Se alejó, y sobre Honorio impenitente, cariñosa y gentil detuvo el vuelo, la lágrima soltó, cayó en su frente, brotando en ella de fulgor un cielo.

